

"ERASE QUE SE ERA..."

Para Julián Morales Ruiz

El Director de PERO GRULLO, con aquella su cortesía de siempre, de la que tenemos en Madrid los recuerdos más vivos, me honra hoy con la solicitud de unas líneas para esta revista. Y el autor de *Caravana de recuerdos*, ese libro admirable y admirado fuera de la tierra manchega me pone en un aprieto. No sé qué voy a decir á los lectores de PERO GRULLO. Y, no sé qué voy á decirles, por tener que decirles muchas y divertidas cosas.

Les narraré un cuentecillo breve y, así ustedes, mis amigos, los lectores de PERO GRULLO, pasarán, á mi costa, cuatro minutos de aburrimiento y, el grande escritor manchego—grande en nuestro concepto, los que trabajamos en los periódicos de Madrid—quedará complacido.

He aquí, pues, el cuento. Pero, ¿cómo titular este cuento? Vosotros, lectores, titulado al antojo vuestro, luego que lo leais.—Le daremos comienzo de este modo, (como aquella vieja criada de mi

casa, que me ha visto pecar treinta y tres años, comenzaba siempre las ingenuas historias que me narraba de pequenín).

Erase que se era un aventurero sentimental y romántico, del pergamino mismo de *Don Quijote*, que salió un día, al encuentro de la señorita Aventura. Había leído esta frase de Gorki: «Ve y mira; y, cuando todo lo hayas visto, acuéstate y muere.»

Y llegó á una gran ciudad y vió un hombre. Este hombre era flaco y cetrino, y llevaba los ojos levantados; tal que si se levantasen al ideal. Pero este hombre

era rubio también, como Judas Iscariote, y el extraño contraste de llevar los ojos levantados y ser rubio, levantó la curiosidad del poeta.

Este poeta leyó una vez en un libro de Quevedo (1) en el *Prólogo* de un libro de Quevedo: «Dios te libre de mal libro, de alguaciles y de mujer rubia.»

¿Comprendéis ahora todo el interés del andariego poeta?

Y el poeta siguió al hombre rubio, cautelosamente, sin ser visto de él. Y observó que nunca dirigía la mirada quieta de sus ojos, ni á diestra ni á siniestra. Iba erguido, derecho; como esos titiriteros admirables que en el corral de cualquier posada manchega, se ven for-

zados á tragarse la hoja de un sable para que le den un pedazo de pan.

Y al poeta le interesó el hombre rubio y derecho; y fué tras de él hasta su casa é interrogó al portero:

—Ese señor — le dijo — debe ser filósofo. Va por la calle y es talla una bronca. El señor no se digna siquiera dirigir la mirada á los contendientes. No siente la curiosidad. Es, por lo tanto, un hombre admirable. ¿Quién es?

—Es un sordo—repuso el portero—que también debiera ser filósofo.

Y se acabó mi cuento.

Y notad que lo acabo con aquella otra frase con que acababa siempre sus narraciones ingenuas, aquella vieja criada de mi casa, que me vió pecar treinta y tres años y que todavía no me ha visto reir.

Pedro Luis de GALVEZ

Ciudad Real, Julio 1915.

(1) Citaremos el libro para que la frase pueda ser comprobada: *El buscón*.



maría
C. REAL - 1918
PEDRO LUIS DE GALVEZ